



1890: UN AÑO DE CRISIS EN LA SOCIEDAD DEL SALITRE

Julio Pinto Vallejos

Es sabido que los momentos de crisis suelen ser de especial valor para el investigador histórico, por cuanto le permiten percibir con mucha mayor nitidez tendencias y corrientes que de ordinario corren subterráneas. 1890 fue justamente un año de crisis para la provincia de Tarapacá: crisis económica, por un lado, de ésas que se hacen tan comunes en las sociedades que se estructuran en torno a un mercado; pero también política, anunciando la guerra civil que al año siguiente convulsionaría todo el país. De las diferentes alternativas de esta crisis surge una radiografía de esta región salitrera en lo que fue indiscutiblemente su etapa de más rápido desarrollo. El estudio de esa sociedad a través de sus crisis es, entonces, el objetivo principal de este artículo¹.

1. CARACTERÍSTICAS DE UNA SOCIEDAD SALITRERA

Lo primero que salta a la vista en la sociedad tarapaqueña de fines del siglo 19, es su dependencia total de la industria salitrera. Más adelante se destacarán algunas consecuencias específicas de este hecho, pero antes de ir a eso convie-

¹Las principales fuentes consultadas fueron los periódicos iquiqueños *El Nacional* (EN), *El Progreso* (EP), y *La Voz de Chile* (VCh), y para algunos datos también *El Ferrocarril* y *La Libertad Electoral*. También se consultaron las *Memorias de la Delegación Fiscal de Salitreras* en el Archivo del Ministerio de Hacienda. De alguna utilidad fue el libro de viaje *A Visit to Chile* del periodista británico William Howard Russell, publicado en 1889. Para una visión retrospectiva de la industria salitrera se recurrió a Semper y Michels, *La Industria del Salitre en Chile* (Berlín, 1904), Roberto Hernández, *El Salitre* (Valparaíso, 1930), y a los siguientes informes: "Trabajos y antecedentes presentados al Supremo Gobierno por la Comisión Consultiva del Norte", recopilado en 1908 por Manuel Salas Lavaqui; "El trabajo y la vida obrera en Tarapacá", publicado por Manuel Rodríguez Pérez en el *Boletín de la Oficina del Trabajo* 4, 5 y 6 (1912-13); y "Comisión Parlamentaria encargada de estudiar las necesidades de las provincias de Tarapacá y Antofagasta", en el mismo *Boletín...*, 8 (1914).

ne hacer una o dos observaciones globales que fluyen de él. La primera es que en Tarapacá más que en ningún otro punto del Chile decimonónico, puede apreciarse una reciprocidad casi perfecta entre las distintas esferas del quehacer social, convergiendo todas ellas hacia esa piedra angular que eran las oficinas salitreras y sus puertos de embarque. Del bienestar o malestar de la producción salitrera pendía todo lo demás: comercio y política, cultura y sociedad. De por sí, esta condición tuvo el efecto de sensibilizar tremendamente a la provincia frente a cualquier alteración de su precario equilibrio. A su vez, la industria salitrera, con toda la importancia que ella tenía para la vida de Tarapacá y de Chile, era una actividad intrínsecamente precaria. Al depender de mercados externos, y al recibir su financiamiento de fuentes también externas, vivía esta industria a merced de lo que pudiera ocurrir en lugares sobre los cuales Tarapacá tenía muy poco poder de presión. Y si por un lado fue precisamente esta característica la que dio al salitre todo su explosivo dinamismo, no es menos cierto que de ella también fluyó esa inestabilidad crónica, esa propensión a los ciclos de alta y de baja, que terminó por ser su perdición. Dependencia absoluta de la industria salitrera, inestabilidad crónica: ésas fueron las dos condiciones básicas de la historia tarapaqueña durante su edad de oro. Sin tener esto presente, es difícil entender algunas particularidades muy propias de ella, como por ejemplo, que todos los periódicos de Iquique, sin importar su tendencia, siempre empezaran por declarar su adhesión irrestricta a los intereses salitreros².

Previo al auge salitrero, Tarapacá había sido una provincia relativamente pobre en historia. Desde los inicios de la colonización hispana, el poblamiento de la pampa había sido extremadamente exigüo, atado a una agricultura de subsistencia localizada en oasis y quebradas: Camarones, Tana, Aroma, Tarapacá, Pica y Guatacondo. Sólo muy ocasionalmente éste había sido dinamizado por pequeños ciclos mineros y por las necesidades del tráfico hacia el Altiplano³. Por consiguiente, fue la explotación del salitre a partir de la década de 1860 la que movilizó todos los recursos, humanos y materiales, que dieron origen a la sociedad del litoral tarapaqueño. Sin exagerar puede sostenerse que todo lo que hacia fines del siglo pasado hacía de Tarapacá una de las provincias más activas y pujantes del país —oficinas y ferrocarriles, poblados y puertos, teatros y comercio, bancos y edificios públicos— todo había sido construido gracias al salitre. La explotación industrial de aquel recurso había demostrado tener un poder de transformación que sin duda constituyó el primer elemento clave en la reorientación de la historia tarapaqueña.

Pero no era tan sólo la celeridad de su desarrollo lo que hacía de esta provincia un ente tan especial. Quizá más importante que aquello fue la *naturaleza* de lo que se generó: una sociedad comercial y netamente urbana. Ya

²Para esto Cf., las declaraciones de principios contenidas en las primeras ediciones de los diarios iquiqueños: EN, 1° de enero de 1890; EP, 1° de agosto de 1888; VCh, 8 de abril de 1890.

³La historia de la región previa a la Guerra del Pacífico puede ser estudiada en Sergio Villalobos R., *La Economía de un Desierto* (Santiago, 1979); y Oscar Bermúdez M., *Historia del Salitre* (Santiago, 1963).

se ha dicho que la extracción y elaboración del salitre habían levantado toda una red comercial y habitacional donde antes no había prácticamente nada. Y puesto que la aridez extrema de la zona impedía el autoabastecimiento de los centros mineros o portuarios, esta red dependía en forma absoluta del abastecimiento externo. No sólo los artículos que permitían la subsistencia de la creciente población pampina, sino también todos los insumos comerciales e industriales (combustibles, animales de trabajo, explosivos, materiales de construcción, maquinarias, etc.) debían ser traídos de fuera. De igual modo, la producción de la zona sólo se sostenía gracias a los mercados extranjeros, principalmente europeos, que se interesaban en su compra.

Incapaz de satisfacer sus propias necesidades o de subsistir por sí sola, dedicada por entero a la comercialización de un solo producto, Tarapacá presentaba una estructura social absolutamente ligada a lo mercantil. Desde ese punto de vista —la universalidad del vínculo monetario, el predominio de la división del trabajo, el imperio del mercado como organizador de economía y sociedad— toda la región y cada uno de sus núcleos de población se enmarcan perfectamente dentro de la definición de una sociedad urbanizada. Independientemente de su importancia numérica, cada oficina, poblado o puerto, era parte de una estructura urbano-comercial que lo dominaba todo, y sus habitantes conformaban una población *totalmente* urbana. Sociológicamente hablando, Tarapacá era una provincia sin campo.

Estas dos características de la sociedad tarapaqueña —comercialización y urbanización— tendían a hacer de sus relaciones internas algo sumamente complejo. Era obvia la vulnerabilidad de la región ante cualquier alteración de un mecanismo exportador-importador que era de por sí bastante delicado. Los ciclos comerciales o las crisis de cualquier tipo en el país y el mundo podían tener para Tarapacá consecuencias funestas. Crisis económica y cesantía eran para su población algo mucho más grave, y sobre todo mucho más frecuente, que para el grueso de la población chilena. Una pequeña baja en los precios europeos del salitre podía acarrear el cierre de numerosas oficinas, la desocupación de cientos de personas, y una temporada negra para el comercio, la industria y la administración de la región. Todo esto reforzaba la sensibilidad de la élite tarapaqueña frente a los acontecimientos externos, pero a la vez demostraba su permeabilidad al cambio. Allí nada era estático, ni las personas tenían tiempo para desarrollar conductas o instituciones que echaran raíces profundas.

Toda esa movilidad tan típica de las sociedades “modernizadas” ya se deja ver claramente en la sociedad tarapaqueña del siglo pasado. Sus empresarios y comerciantes eran casi todos de origen extranjero; lo mismo sus trabajadores (en el sentido de no ser nacidos en la región), para quienes, por lo demás, la inestabilidad ocupacional ilustraba dramáticamente su permanente desarraigo. La cesantía —cosa frecuente en la pampa salitrera— acarreaba consigo además de la pérdida de un ingreso, el abandono forzado del hogar⁴. Sin

⁴JULIÁN COBO, *Yo ví nacer y morir los pueblos salitreros* (Santiago, 1971).

recursos para costearse su retorno al lugar de origen, con escasas posibilidades de encontrar otro empleo mientras durara la crisis (que lógicamente afectaba a toda la economía regional al mismo tiempo y con igual intensidad), al obrero despedido no le quedaba más que deambular por la pampa o descender al puerto o poblado más importante. De más está señalar que estas circunstancias tendían a generar un ambiente altamente explosivo.

Pero no hacía falta que hubiera crisis para que el ambiente tarapaqueño fuese explosivo. En realidad, estas situaciones de carácter ocasional sólo venían a acentuar una tendencia que era inherente a una sociedad como aquélla. Una convivencia cimentada en el contacto esporádico, en el impersonalismo de la relación comercial o del nexo salarial no podía ser ni estable ni armoniosa. Por lo demás, a esa volatilidad típica de una sociedad definida por los mecanismos del mercado, Tarapacá añadía el problema ya aludido de las diferencias nacionales. Así, por ejemplo, entre sus sectores dirigentes se distinguía claramente una élite económico-empresarial compuesta de ingleses, alemanes, franceses, italianos o súbditos del Imperio Austro-Húngaro, y una élite político-administrativa formada —obviamente— por nacionales. Entre el pequeño comercio y los mandos medios de la industria también predominaba el elemento extranjero, mientras que los funcionarios subalternos de la administración pública eran chilenos. Incluso a nivel de clase trabajadora, donde sí había mayoría de chilenos, no dejaba de ser importante la presencia de bolivianos, peruanos y otras nacionalidades. Si había algo que definía a la población tarapaqueña como conjunto, era precisamente su heterogeneidad⁵.

Para completar nuestra caracterización global de la sociedad del salitre, sólo nos queda destacar un aspecto más: su calidad de provincia estratégica. Ya el hecho de ser un territorio incorporado sólo en forma reciente hacía de ella un elemento importante para el poder central. Pero mucho más que eso: tal como se estaban definiendo los rumbos de la economía chilena por aquellos años, el valor geopolítico de Tarapacá era tal vez lo menos significativo. En primer lugar, las exportaciones de salitre —además de ser las que más divisas generaban— constituían el vínculo esencial entre Chile y la economía internacional. Esto ya la convertía en la piedra angular de una economía que vivía de lo que exportaba: en 1880 el valor de las exportaciones de salitre representaba el 26% del

⁵En lo que respecta al grupo empresarial, la composición étnica se puede observar en las listas o peticiones que ésta solía suscribir. En la remitida a Balmaceda para la huelga de 1890 encontramos, entre muchos otros, los siguientes apellidos: North y Jewell; J.G. Gildemeister; Folsch y Martin; Jackson y Pellé; Rodolfo Boivin; E. de Laperouse; James, Inglis y Cía.; C. Wieber; Richini y Vallebona; etc. Asimismo, entre los administradores de salitreras tenemos a A.S.H. Ninness; Juan Vernal y García; D. MacQueen; J.G. Welch; W. Johnson; J.T. Humberstone; Jorge B. Benedetti; N.T. Maitland; G. Hansen; J.A. Gibbs; F.G. Lomax; Santiago Drew; etc. VCh 24 de julio de 1890. Cf., también las listas de matrículas de comercio en el Archivo Municipal de Iquique y periódicos de la localidad.

En cuanto a la población obrera, en enero de 1890 (por tomar un mes al azar), de 12.291 operarios en las oficinas 8.267 eran chilenos, 1.282 peruanos y 2.719 bolivianos, más 653 de otras nacionalidades. Delegación Fiscal de Salitreras "Informe mensual remitido a la Intendencia de Tarapacá", febrero de 1890.

total nacional; en 1885 ya llegaba al 38%, y en 1890 a un 57%, para alcanzar en 1900 a un impresionante 68%⁶.

En segundo lugar, los derechos de exportación que pagaba el salitre generaban cerca de la mitad de los ingresos anuales del Fisco. Y en una época en que el Estado se había autoasignado una importante función de implementación de obras públicas y otros servicios (sobre todo durante la administración Balmaceda), el valor estratégico de la región se veía redoblado⁷.

Por último, la existencia de un mercado comprador tan poderoso como el tarapaqueño, servía de estímulo y base de sustentamiento para una serie de actividades económicas en el resto del país —desde la agricultura del Valle Central hasta la incipiente industria de los centros urbanos como Santiago, Valparaíso y Concepción⁸. De manera que así, como es legítimo sostener que Tarapacá vivía de su industria salitrera, es igualmente cierto que hacia la década de 1890 Chile entero estaba empezando a vivir a costa de Tarapacá. Esta circunstancia no podía dejar de tener consecuencias para la vida interna de esta última.

2. 1890: LA CRISIS ECONOMICA

La década de 1880 fue, sin lugar a dudas, la de más rápido crecimiento para la industria del salitre. Así, mientras que en 1880 ocupaba un promedio de 2.848 personas para producir 224 mil toneladas de salitre, para 1889 las cifras ya se habían empinado a 11.422 y 951 mil respectivamente. En otras palabras, durante esos nueve años tanto la ocupación como el producto se triplicaron, pudiendo decirse igual cosa de las exportaciones (1880:224 mil toneladas; 1889:948 mil toneladas)⁹. Comparado con esto, la evolución experimentada durante el decenio siguiente fue bastante más modesta: entre 1890 y 1899 la ocupación aumentó en un 45%, el producto en un 34% y las exportaciones en un 32%¹⁰. Bien puede decirse, entonces, que el principal esfuerzo de capitalización e instalación de la industria se realiza justamente en los años que precedieron al de nuestro estudio.

Sin embargo, este inusitado crecimiento no estuvo exento de dificultades. La primera era la que planteaba la insuficiencia del consumo mundial frente a una

⁶CARMEN CARIOLA y OSVALDO SUNKEL, "La expansión salitrera y sus repercusiones sobre la economía agraria en el período 1880-1930" (ICIS-FLACSO); Santiago, 1974. Cuadro 24.

⁷SEMPER y MICHELS, *La Industria del Salitre en Chile*, 118-119; Cariola y Sunkel, "La expansión salitrera...", ps. 30 y ss., Cuadro 21.

En 1889 el salitre generaba el 39,21% de las entradas fiscales.

En 1890 el salitre generaba el 48,15% de las entradas fiscales.

En 1891 el salitre generaba el 25,28% de las entradas fiscales.

En 1892 el salitre generaba el 39,73% de las entradas fiscales.

En 1893 el salitre generaba el 50,19% de las entradas fiscales.

En 1894 el salitre generaba el 58,71% de las entradas fiscales.

⁸CARIOLA y SUNKEL, 35 y ss., Cuadros 28 y 29.

⁹CARIOLA y SUNKEL, Cuadro 9.

¹⁰CARIOLA y SUNKEL, *Ibid.*

producción en vertiginoso aumento. Ya en 1884 esto había desencadenado una seria crisis de precios, debiendo los productores recurrir al expediente de limitar planificadamente la elaboración hasta que se volviera a un nivel de precios que ellos consideraban aceptable. Fue ésa la primera de las "Combinaciones Salitreras", que a lo largo de toda su historia subrayaron la irregularidad de la industria¹¹.

Una vez superado el problema inicial, hacia fines de 1886 la Primera Combinación se disolvía para dar paso a un período aun más boyante de enormes inversiones y ampliaciones de la planta productiva. Sin embargo, sería este mismo "boom" el que sentara las bases para lo que iba a ser la gran crisis de 1890, puesto que en todo momento se trató de un proceso con claros ribetes especulativos. Ya por esta época se había producido el traspaso de la mayor parte de la industria al capital extranjero, de modo que el auge de las compañías salitreras se generó desde la Bolsa de Valores de Londres —a tanta distancia de Tarapacá. Debido a esto, lo que primó en la formación de dichas compañías no fue tanto un conocimiento cabal de las posibilidades del producto como la conducta aventurera de aquellos empresarios —tan bien representados por John Thomas North— que con su sola presencia conjuraban la fiebre de las acciones salitreras¹². Para una industria que ya había tenido problemas de sobreproducción, era evidente que una capitalización desproporcionada no podía traer buenos resultados. Hacia fines de 1889, las voces de alerta se hacían cada vez más numerosas en los círculos financieros londinenses¹³.

En octubre de 1889 comenzó a verificarse la tan temida baja en los precios: el quintal español de salitre, que en 1888 se había cotizado por encima de los diez chelines, bajó por esta fecha a ocho chelines y cuatro peniques¹⁴. La consiguiente baja en el valor de las acciones vino a declarar abiertamente la segunda crisis salitrera en menos de diez años.

Para hacer frente al desafío, se pensó inmediatamente en la fórmula ya empleada en 1884: reeditar la Combinación. Una reunión del Comité Permanente organizado en Londres por "los presidentes de las compañías y otros hombres versados en el comercio del salitre" resolvió paralizar la producción durante el mes de diciembre y fijar cuotas de producción a partir de enero de 1890¹⁵. El acuerdo no fue respetado, pero da un buen indicio de lo que iba a ser la preocupación permanente de los salitreros durante el año que se iniciaba. Los esfuerzos por establecer un arreglo que satisficiera los intereses de todos —productores grandes y chicos por igual— se arrastraron a lo largo de todo el año entre discrepancias referentes a las cuotas de producción y a los precios de

¹¹J. R. BROWN, "Nitrate Crises, Combinations and the Chilean Government in the Nitrate Age", *Hispanic American Historical Review*, XLIII (1963), 230-246. También Semper y Michels, 141 y ss.

¹²HAROLD BLAKEMORE, *Gobierno chileno y salitre inglés, 1886-1896; Balmaceda y North*, (Londres, 1974); 49-54.

¹³BLAKEMORE, *Gobierno chileno y salitre inglés...*, 55-58.

¹⁴BLAKEMORE, 128; EN, 18 de enero de 1890.

¹⁵BLAKEMORE, 129; EP, 20 de marzo de 1890.

venta. En febrero se volvería a proponer el cierre total de las oficinas por un mes (marzo), pero sólo para volver a fracasar¹⁶. En abril el Comité Permanente seguía sugiriendo la limitación de las faenas a sólo nueve meses del año¹⁷.

Tanta dificultad para restablecer la Combinación nos habla de las reticencias de aquellos productores que por sus mejores niveles de productividad creían poder resistir sin mucho problema la baja de precios. Tampoco faltaban en Tarapacá las voces de denuncia frente a los perjuicios que una Combinación le podía acarrear a su provincia. La polémica ventilada en la prensa local entre los partidarios y los detractores de la Combinación iba a durar tanto como las tentativas de crearla. Todavía en agosto un diario iquiqueño se lamentaba por el fracaso de las gestiones, argumentando que los más afectados habían sido los productores pequeños: "las ganancias se han restringido, el negocio se ha circunscrito a unos pocos. Puede haber mayor ganancia, pero ella se reparte entre menos y de ahí la paralización general que agobia a Iquique"¹⁸.

El tan ansiado acuerdo no se logró sino hasta finales de año, para entrar en efecto recién el 1° de enero de 1891¹⁹. De manera que si las cifras de producción para 1890 marcan un leve aumento con respecto a las del año anterior (1.075 mil toneladas contra 951 mil)²⁰, esto de todas maneras se dio en un ambiente de precios bajos, cierres parciales y pesimismo. La verdad es que ni siquiera la formación de la Cámara de Comercio de Iquique en el mes de agosto —un claro paso hacia la unidad— logró sacudir a los salitreros de un desconcierto que fue a la vez causa y consecuencia de las grandes perturbaciones sociales ocurridas durante 1890.

Porque en lo inmediato el fracaso de la Combinación llevó a los productores a defenderse mediante una serie de medidas que iban a afectar principalmente a sus trabajadores. Un diario iquiqueño comunica que durante abril y mayo se hallaban paralizadas por lo menos quince oficinas sobre un total de 51²¹. Asimismo, la ocupación desciende de 12.491 operarios en noviembre de 1889 a 11.031 en marzo de 1890, para oscilar alrededor de los 11.500 hasta fin de año²².

El impacto de este fenómeno sobre los pueblos del interior de la provincia se revela claramente en una correspondencia enviada del cantón salitrero La Noria:

La total paralización de los salitrales de Lagunas y de las oficinas Esmeralda, San Juan, San Fernando y Solferino ha traído por consecuencias la aglomeración en el pueblo y en los caminos de la pampa de

¹⁶EN, 13 de febrero de 1890.

¹⁷EN, 10 de abril de 1890.

¹⁸VCh, 28 de agosto de 1890.

¹⁹SEMPER y MICHELS, 142; VCh, 9 de enero de 1891.

²⁰CARIOLA y SUNKEL; Cuadro 9. En todo caso, el incremento es casi insignificante si se lo compara con el de 1888-1889.

²¹VCh, 29 de mayo y 18 de junio de 1890.

²²Cifras sacadas de los Estados Mensuales de la Delegación Fiscal de Salitreras, reproducidas también en EP y VCh.

una multitud de hombres que, faltos de trabajo, se entregan al pillaje y a la depredación²³.

En efecto, a partir de abril comienzan a abundar en los periódicos de la localidad noticias que hablan de un repunte en la delincuencia en los pueblos y oficinas del interior. La desocupación formaba bandas de asaltantes que, refugiándose en "los donkeys o pozos que existen lejos de las oficinas"²⁴, llegaban incluso a asaltar las poblaciones más resguardadas²⁵.

El incremento en la desocupación trasladaba el problema delictual desde el interior hacia las ciudades principales, por lo que también Iquique y Pisagua debieron sufrir una proliferación de "vagos" y "bandoleros"²⁶. El periódico *La Voz de Chile* comenta: "...vemos diariamente las plazas y calles de la ciudad llenos de desocupados que, a falta de otra preocupación mejor, se entretienen en hacer nada o en estar a la expectativa de lo que pueda presentarse". Y ante la gravedad del problema policial que se viene insinuando, concluye proponiendo que la Intendencia repita lo que hizo cuando la Primera Combinación: embarcar a todos los cesantes hacia las ciudades del sur y liberar a Iquique del peligro que éstos representaban²⁷.

Como se podrá ver, la cesantía se convierte en la primera repercusión seria de la crisis sobre la convivencia tarapaqueña. Viéndose privados de su único sustento, los obreros de la pampa agotaban las pocas alternativas locales de empleo: las guaneras, los ferrocarriles en construcción, las minas de plata y otros pero sin mucha suerte, (aunque hay que reconocer que por este mismo tiempo se verifica una recuperación de la minería de la plata, prácticamente paralizada desde que comenzara la explotación del salitre)²⁸. El 24 de abril la empresa que constrúa un ferrocarril desde Caleta Buena a Agua Santa publicaba el siguiente aviso:

Agua Santa, Caleta Buena y El Alto:

En estos establecimientos no se necesitan más trabajadores por tener los suficientes para sus trabajos.

Campbell, Outram y Cía.²⁹

Claramente, en una provincia tan dependiente de la suerte que corriera la industria salitrera, la paralización total no dejaba otra alternativa que la delincuencia.

²³VCh, 9 de abril de 1890.

²⁴EN, 27 de febrero de 1890.

²⁵EN, 15 y 18 de abril de 1890; VCh, 10 de junio de 1890.

²⁶EN, 24 de abril, 4 y 31 de mayo de 1890; VCh, 9 y 17 de abril de 1890.

²⁷VCh, 19 de abril de 1890

²⁸EN, 18 de febrero; VCh, 22 de abril de 1890.

²⁹EN, 24 de abril de 1890.

Como alternativa ante el cierre total o los despidos masivos, las compañías podían buscar una salida parcial por la vía de reducir costos, de los cuales el más susceptible de manipulación era sin duda el de la mano de obra. Para este fin, el empresario contaba con un expediente que ya ha concitado la atención de varios investigadores: la *ficha salario*. Al no pagar los jornales en dinero efectivo, y al controlar también las pulperías que eran la única fuente de abastecimiento dentro de las oficinas, el salario real del obrero podía ser alterado prácticamente a discreción. Es difícil establecer si la crisis motivó un cercenamiento inusitado de los salarios —nominalmente el obrero de la zona ganaba un sueldo sin equivalentes en el resto del país— pero lo cierto es que a partir de febrero se comienza a desencadenar una ola de protestas apuntando precisamente a esta situación. Portavoz de las muchas denuncias fue el diario iquiqueño *El Nacional*, que a través de una sección titulada “Abusos en las Oficinas” se dedicó durante cuatro meses a ventilar un descontento que asumía caracteres cada vez más amenazantes³⁰.

Entre los abusos enumerados se pueden mencionar los siguientes: pago en fichas desvalorizadas, puesto que nunca se las canjeaba a la par;³¹ prohibición de hacer compras fuera de la pulpería o a vendedores ambulantes, cuyo paso a las oficinas estaba por lo demás estrictamente prohibido;³² despido sin indemnización;³³ maltratos corporales a los operarios;³⁴ no pago por trabajos realizados o subvaluación de los mismos;³⁵ una pésima atención médica, a pesar de que a todo trabajador se le hacía un descuento mensual por ese concepto;³⁶ por último, la imposibilidad de acudir ante las autoridades locales a denunciar estos hechos, por hallarse éstas generalmente confabuladas con los administradores de las oficinas³⁷.

A través de toda esta campaña se va viendo una clara tendencia hacia la materialización del descontento en acciones más contundentes. Un viaje a los cantones salitreros realizado por el Intendente en mayo ya nos habla de una cierta preocupación de las autoridades ante la creciente eferescencia³⁸. En ese mismo mes circularon rumores en el sentido que los administradores estaban almacenando armas en distintas oficinas³⁹.

Todo el combustible acumulado hizo explosión a partir del 3 de julio, a través de un movimiento huelguístico que iba a propagarse con rapidez vertiginosa a toda la región y otros puntos del país. Fue ésta la primera de aquellas huelgas generales que por espacio de cuarenta años jalonaron la historia de la industria

³⁰El primero aparece en EN, 23 de febrero de 1890.

³¹EN, 12 y 23 de marzo de 1890.

³²EN, 23 y 25 de febrero, 20 de marzo, 2 y 23 de abril, 9 de mayo, de 1890.

³³EN, 23 de febrero, 1890.

³⁴EN, 12 de marzo, 1890.

³⁵EN, 2, 9 y 17 de abril, 1890.

³⁶EN, 12, 15 y 26 de marzo; 15 de abril; 7 de mayo.

³⁷EN, 25 de febrero; 8 y 30 de abril; 18 de mayo, 12 de junio.

³⁸EN, 16 y 18 de mayo; VCh, 13 de mayo.

³⁹EN, 23 y 24 de mayo.

salitrera, muchas veces con resultados trágicos. En esta oportunidad, la iniciativa nació del gremio de lancheros de Iquique, propagándose desde allí hacia el resto de los gremios de Iquique y Pisagua, para pasar posteriormente a las oficinas del interior. Por espacio de una semana Iquique pareció estar a merced de los huelguistas, mientras que en la pampa se vivieron escenas de violencia que incluyeron asaltos a pulperías, casas de administración y muertes (las fuentes no especificaron el número). Luego de un comienzo vacilante, y tras haber obtenido un principio de acuerdo entre los huelguistas de Iquique y sus empleadores, la autoridad local asumió una actitud más enérgica, sobre todo para enfrentar los disturbios del interior. Por su parte, el gobierno central —que al principio había respondido al pedido de ayuda con un cablegrama que la clase empresarial juzgó inaceptable por poco tajante en su repudio al movimiento— optó por enviar un nutrido contingente militar hacia la zona. Fue solamente con esto que se logró pacificar definitivamente una situación que por instantes había logrado sembrar el mayor de los pánicos entre la élite tarapaqueña⁴⁰.

En todo caso, la exigencia inicial de los lancheros fue algo aparentemente tan sencillo como que los jornales fuesen cancelados en dinero y no en fichas⁴¹. A esto algunos huelguistas del interior le añadieron peticiones de mejoramiento salarial que llegaban hasta un 50%⁴², pero sin darle la misma importancia de la exigencia anterior. Mientras los huelguistas tuvieron la iniciativa en sus manos se logró que los comerciantes, industriales y dueños de oficinas accedieran a la petición. Esto quedó consignado en un acuerdo escrito que, además de las firmas del gran comercio iquiqueño, llevaba la del propio Intendente —el poeta Guillermo Bles Gana—, árbitro en el conflicto⁴³. El día 18 de julio la Intendencia rubricaba lo anterior mediante el siguiente decreto:

Iquique, julio 18 de 1890 —N° 916— He acordado y decreto:

Hágase saber al público y especialmente a los dueños de establecimientos mineros que, en conformidad a las disposiciones legales vigentes, es prohibida la emisión de fichas u otras señas que representen la moneda, y la de billetes al portador o a la vista, en que no se hayan cumplido previamente los requisitos que la misma ley contempla... Gmo. Bles Gana; R. Vargas Clark, Secretario⁴⁴.

⁴⁰EN, 26 de junio.

⁴¹VCh, 10 de julio.

⁴²VCh, 10 de julio.

⁴³*Ibid.*.

⁴⁴VCh, 10 de julio: "*República de Chile* — Intendente de Tarapacá Guillermo Bles Gana, Intendente y Comandante General de Armas de la Provincia, hace saber a todas las clases trabajadoras y al público en general que anoche ha quedado terminado entre el comercio y los lancheros, jornaleros, cachucheros y estibadores un arreglo mediante el cual se ha convenido lo siguiente:

"En la Gobernación Marítima de Iquique, presentes los infrascritos en representación del comercio, los lancheros y cachucheros de este puerto, han convenido que se les abonará por su

Pero la buena disposición del Comercio iquiqueño, no duró más que su temor inicial, cuando la protección oficial pareció más dudosa. Así lo estableció claramente en cablegrama dirigido el 8 de julio a la Cámara de Comercio de Valparaíso: "...Intendente declaró no contar con fuerzas suficientes para proteger vidas y propiedad y que no respondía si no se cedía a las pretensiones de huelguistas; en consecuencia, se ha accedido forzosamente a éstas"⁴⁵. Porque su verdadero parecer ya se lo habían manifestado al presidente Balmaceda en cablegrama oficial del día 5: "A esta exigencia (que se les pague en plata fuerte la remuneración... que hasta ahora se les ha pagado en moneda fiduciaria) no es posible acceder en atención a los altos salarios con que son retribuidos los operarios en esta provincia"⁴⁶.

De este modo, una vez que la fuerza pública logró calmar los ánimos en Iquique e impedir la invasión de la ciudad por los huelguistas de la pampa, los empresarios desconocieron el acuerdo firmado. El 18 de julio, el mismo día del decreto oficial que prohibía el uso de fichas, el Gremio de Jornaleros y Lancheros fue notificado que "se ha acordado suspender el pago en plata... y continuar efectuándolo en la forma en que se llevaba a cabo antes de la huelga"⁴⁷. Ante esto los gremios afectados se declararon nuevamente en huelga, sin contar con las ventajas de la primera vez. Las oficinas seguían ocupadas militarmente, mientras que en los puertos, los numerosos despidos tenían a los trabajadores muy desmoralizados. Así, al cabo de dos semanas, los pocos huelguistas que no habían desertado debieron reintegrarse a sus labores sin haber obtenido absolutamente nada, salvo la pérdida de un mes de trabajo⁴⁸. El conflictivo decreto del día 18, por otra parte, permaneció en calidad de letra muerta, tal como había sucedido anteriormente con otros similares.

Pero incluso antes del desconocimiento oficial del acuerdo, las casas comerciales habían iniciado una serie de maniobras destinadas a anular los efectos de la huelga. Desde el momento mismo del arreglo la prensa parcial a este sector comienza a emitir advertencias en cuanto a que los "nuevos jornales" (que no eran otra cosa que los antiguos a su valor real) resultaban demasiado onerosos para una economía ya afectada por la crisis. Por ende, el pago en plata fuerte inevitablemente se traduciría en despidos masivos y el cierre de numerosas empresas. En su edición del 14 de julio *La Voz de Chile* informaba que en el mineral de Huantajaya habían sido despedidos "una gran cantidad de mineros", para anunciar seguidamente el cierre inminente de la amalgamadora de metales dependiente del mismo mineral. De igual forma, el 26 se comunicaba la

trabajo el equivalente en plata fuerte, quedando vigente los precios que hasta ahora han recibido en moneda corriente (fichas).

"Se convino también en que cada parte nombrará una comisión para entenderse sobre cualquier punto que se suscite con respecto al trabajo y su remuneración".

⁴⁵VCh, 19 e julio.

⁴⁶VCh, 18 de julio.

⁴⁷VCh, 13 de julio.

⁴⁸VCh, 20 de julio.

decisión de la oficina "Mercedes" (la tercera de la provincia en número de operarios) de deshacerse de todo su personal y desalojarlo de sus habitaciones, vaticinando, además, que los empleados de la oficina "Primitiva" pronto correrían igual suerte. Para apreciar el alcance de estas medidas piénsese que sólo en "Primitiva", la más importante de las oficinas tarapaqueñas, laboraban más de 700 personas.

De esta forma, antes de quebrarse definitivamente la segunda huelga ya eran numerosos los trabajadores que habían aceptado volver a sus puestos en las mismas condiciones de antes⁴⁹. Así y todo, la cesantía generada por la huelga fue tanto o más masiva que la vivida durante los meses anteriores. Entre los últimos días de julio y los primeros de agosto hicieron abandono de Iquique unas 920 personas, embarcadas gratuitamente por la Intendencia⁵⁰. Si se tiene presente que la población de Iquique por aquel entonces oscilaba alrededor de los 25 a 30 mil habitantes, se verá que el éxodo producido por los disturbios de julio no dejó de ser significativo. Otra consecuencia inesperada de la huelga fue la materialización de aquel proyecto de erradicar la cesantía que se había venido planteando desde el mes de abril.

A pesar de su violencia, el movimiento huelguístico terminó por ser derrotado. No sólo se volvió al pago en fichas (con lo que, de paso, queda demostrada su importancia para los empleadores), sino que el comercio se empeñó a fondo en impedir cualquier rebrote. El deseo de controlar más efectivamente al trabajador empezó a materializarse en una campaña de opinión dedicada a cuestionar los fueros de que gozaban los gremios de jornaleros y trabajadores portuarios, quienes como se recordará, habían sido los iniciadores del conflicto. Por aquel tiempo estos gremios tenían ciertas franquicias legales, tales como la de ejercer un control estricto sobre la prestación de su trabajo a través de un sistema de matrículas. Ciertamente, este privilegio era contrapesado por una fiscalización igualmente estricta de parte del Estado, quien designaba la directiva del gremio, administraba sus fondos y velaba por el cumplimiento de sus estatutos. Ello no obstante, el "monopolio laboral" detentado por el gremio, se convirtió en blanco de todos los ataques luego de concluida la huelga⁵¹. Después de algunos intercambios, la polémica culminó con un proyecto de ley presentado por el diputado David Mac-Iver (estrechamente vinculado a la alta sociedad iquiqueña) en que se planteaba la conveniencia de ilegalizar los gremios de jornaleros y lancheros. En su informe sobre este proyecto —que pasaría rápidamente a ser ley—, la Comisión de Hacienda de la Cámara planteaba claramente la posición oficial:

Las huelgas verificadas últimamente en Iquique y Valparaíso, son las revelaciones de un grave mal a que es necesario poner remedio; y no consideramos aventurado el afirmar que si los gremios no hubieran existido, aquellos lamentables sucesos no se habrían verificado, o no

⁴⁹VCh, 19 al 31 de julio.

⁵⁰VCh, 17 y 28 de julio, 10 de agosto.

⁵¹VCh, 15 de julio; *El Ferrocarril*, 11 y 12 de julio.

habrían, por lo menos, revestidos caracteres tan graves y funestos en sus consecuencias⁵².

El 30 de agosto el Congreso aprobaba una ley que establecía un plazo de cuatro meses para que los "gremios fiscales" fuesen reemplazados por "cuadrillas libres" sin control alguno sobre la oferta de trabajo⁵³.

En consecuencia, si bien la huelga marca tal vez el punto culminante de toda la corriente de efervescencia gestada por la crisis salitrera, también marca la consolidación de un sólido frente estatal-empresarial en su contra. A partir de ese momento toda persona "de trabajo" que fuera sorprendida deambulando por la pampa, debía certificar alguna ocupación; de lo contrario, sería sancionado por el delito de vagancia⁵⁴. Ya no se volvería a correr el riesgo de que el descontento generado por la crisis desarrollara una dinámica propia.

Con todo, el haber conjurado el brote de rebeldía no le devolvió a la provincia la prosperidad perdida. A pesar de su triunfo, el grupo empresarial quedó profundamente afectado por el hecho mismo de la huelga —por los destrozos que ésta causó, pero sobre todo por los peligros que presagiaba. En los meses venideros se ventilaron varias ideas encaminadas a prevenir su repetición, entre ellas la creación de escuelas en las oficinas. Mucho mejor recibido fue el proyecto de crear un cuerpo de policía especial para los cantones salitreros⁵⁵. Obviamente, la paz aparente no traía consigo la tranquilidad de los espíritus empresariales. Según *La Voz de Chile*, durante agosto, Iquique cayó en un estado de "retraimiento" que reflejaba lo mal que andaban los negocios⁵⁶.

Durante los meses finales de aquel agitado 1890 las preocupaciones económicas cedieron lugar a las provocadas por la campaña electoral y el renacido conflicto entre Ejecutivo y Congreso. Las estadísticas de producción para ese año nos muestran una cierta mejoría sobre las del año anterior, pero ello en ningún caso obedeció a una recuperación de los precios⁵⁷. Como para confirmarlo, a fines de 1890 finalmente, se llegó a un acuerdo que permitió formar la Segunda Combinación, luego de que una "comisión salitrera" recorriera todas las oficinas desde Pisagua hasta Taltal⁵⁸. De cualquier forma, las fuentes nos indican que a medida que se acercaba el desenlace de la crisis política la atención del comercio tarapaqueño pasó a concentrarse en ese plano. No

⁵²VCh, 15 de agosto.

⁵³VCh, 28 de diciembre.

⁵⁴VCh, 6 de agosto.

⁵⁵VCh, 9, 26 y 27 de agosto.

⁵⁶VCh, 23 de septiembre.

⁵⁷VCh, 21 de agosto; Cariola y Sunkel, Cuadro 9; Departamento de la Estadística Comercial de la República de Chile, tomos 22 y 23 (1889 y 1890-1891).

⁵⁸"Desde mediados de octubre la comisión salitrera ha recorrido de Pisagua a Taltal todas las oficinas, practicando una inspección ocular de ellas y comprobando personalmente los datos suministrados por los productores. La Comisión ha correspondido a la confianza depositada en ella, y los señores Pascal, Humberstone, Child y Oliván han merecido bien, no sólo de sus colegas, sino de toda la provincia, interesada en levantar al abatido precio del salitre". VCh 2 de diciembre. Cf., también, VCh, 25 de noviembre.

estaban equivocados: si 1890 había sido un año malo, la Combinación y la guerra civil —que tendría en Tarapacá uno de sus principales escenarios— harían de 1891 un año mucho peor.

3. 1890: LA CRISIS POLITICA

Para situarnos correctamente en el plano de la política tarapaqueña, conviene empezar por definir aquellos factores que constituyen su especificidad. Tal vez sea redundante advertir que Tarapacá no se comportaba políticamente como lo hacía Santiago, si no fuera porque en ocasiones se ha cedido a la tentación de trasladar a la política provinciana conductas y líneas divisorias que solamente se justifican a nivel de centro. Aunque llevasen el mismo nombre, los partidos no tenían por qué significar lo mismo para Iquique que para Santiago, ni sus conflictos tener allí el mismo grado de significación o las mismas explicaciones.

La primera particularidad de la política tarapaqueña se relaciona con la situación estratégica de esa provincia en términos económicos. Por su desproporcionado aporte a las exportaciones, por su importancia como consumidora de lo que producía el Chile central, pero sobre todo por su importancia para el erario fiscal Tarapacá era una región que el gobierno debía atender con especial cuidado. Plenamente conscientes de ello, las autoridades no podían arriesgarse a que los acontecimientos de aquella lejana provincia se les fueran de las manos, ni tampoco permitir que generaran ninguna situación de ruptura.

Pero así como el valor de la provincia sensibilizaba en forma especial a los gobernantes, también tenía el efecto de engendrar una actitud de clara autovvaloración dentro de la propia élite tarapaqueña. Expresada a través de su prensa, ésta se consideraba con pleno derecho a exigir de las autoridades un trato a la altura de su propio aporte. Ahora bien, si hay algo en que todos los diarios iquiqueños concuerdan plenamente —cosa bastante inusitada— es justamente en denunciar el abandono en que el gobierno central mantenía a la provincia. A juzgar por sus lamentaciones, ésta estaba desprovista de los servicios más esenciales: escuelas, un servicio postal y telegráfico decente, muelles y bodegas aduaneras a la altura del intenso tráfico local, edificios públicos, cárceles, hospitales y regimientos⁵⁹. Las quejas contra la indiferencia gubernamental se repiten una y mil veces a través de cuanta vicisitud económica, política y social experimenta la provincia durante 1890, revelando el distanciamiento, y hasta desconfianza, con que la localidad encaraba sus relaciones con Santiago —cosa por lo demás bastante habitual en la opinión provinciana de la época.

La segunda gran condicionante del accionar político local es la tremenda

⁵⁹“Las provincias del Norte han sido siempre las hijas desheredadas del Estado, pese a ser la principal fuente de sostenimiento de los gastos generales del país”. EN, 24 de abril. “Dígalo si no el hecho de haber (el gobierno) derramado una verdadera lluvia de oro hasta en los más insignificantes villorrios y aldeas de las provincias del Sur, a quienes ha dotado de suntuosas escuelas y cárceles, dejando a la segunda ciudad marítima de la República (Iquique) entregada a su propia suerte y sin otros recursos para atender a sus múltiples necesidades que aquéllos que pueda proporcionarle la buena voluntad y decisión del Municipio”, VCh, 18 de abril.

influencia que ejercía una clase empresarial conformada principalmente por extranjeros. Un tema al que las fuentes vuelven repetidamente es que en una provincia eminentemente comercial, la política no despertaba mucho interés, salvo que afectara abiertamente el desenvolvimiento normal de los negocios. La explicación la podemos encontrar en una carta publicada por *La Voz de Chile*: “mientras los más pudientes son casi todos extranjeros, el elemento nacional en su mayoría es dependiente del gobierno, y sigue, como es natural, los rumbos impresos por éste a la política⁶⁰. De ser ésta una imagen fidedigna, tendríamos que la élite provincial (y recuérdese que por aquel tiempo la política seguía siendo una ocupación eminentemente elitista) se dividía entre un sector nacional expresamente obediente al gobierno de turno y un sector extranjero esencialmente ajeno a las contiendas partidarias —salvo, reitero, en lo directamente relativo a sus propios intereses.

Pero incluso si no se acepta una diferenciación tan absoluta entre política nacional y política local, no se le puede negar importancia al papel que desempeñaba en Tarapacá el capital extranjero —mucho más determinante aquí que en Santiago. Durante todo 1890 se libró una verdadera guerra verbal entre una corriente de opinión que se resistía a ver su provincia convertida en una “factoría extranjera” y otra que sostenía que sin el concurso foráneo nada de lo que hacía su riqueza habría existido. Como era natural, la polémica arreció especialmente en torno al más conspicuo representante de la inversión extranjera: el consorcio North. Fue así como mientras *El Nacional* se dedicaba a desprestigiar una tras otra a las empresas constitutivas del “Imperio North”, *La Voz de Chile* se encargaba de su defensa:

Merced a él (North) han entrado al país millones de libras esterlinas; merced a él ha tomado el inmenso vuelo que hoy tiene la industria salitrera; merced a él percibe el Estado más de veinte millones de derechos sobre el salitre; merced a él han llegado capitales extranjeros y se han organizado nuevas compañías y oficinas; merced a él Iquique goza hoy del agua de Pica; merced a él se ha hecho la unión por línea férrea de Iquique y Pisagua; y merced a él, en fin, pese a quien pese, se ha mejorado el servicio de los ferrocarriles y abaratado sus fletes. ¡Buen ojo tuvo, pues, el glorioso Almirante Lynch cuando prestó su amistad y apoyo a Mr. North!⁶¹.

Que esta controversia podía repercutir concretamente sobre la política local lo demuestra el hecho de que ya a fines de enero *El Nacional* pudiera convocar a una manifestación callejera para protestar por la carestía de la carne —producto, según ese diario, del monopolio que sobre ésta ejercía la Compañía de Provisiones de North⁶². No es de extrañarse, entonces, que en aquellas oportunidades en que Balmaceda manifestó cierta preocupación frente a la debilidad del capital nacional en Tarapacá, el bando “nacionalista” de Iquique lo respal-

⁶⁰VCh, 25 de julio.

⁶¹VCh, 12 de octubre.

⁶²EP, 31 de enero y 1° de febrero; EN, mismas fechas.

dara con entusiasmo⁶³. Asimismo, durante la huelga de julio, los opositores le sacaron bastante provecho al temor de los industriales para desprestigiar al Presidente frente a la opinión pública local. En editorial con fecha 10 de julio *La Libertad Electoral* de Santiago expresaba: "Buscando las auras de vulgar popularidad, el Presidente de la República, infiriendo verdadero ultraje a nobles tradiciones de nuestros hombres de gobierno en favor de los extranjeros que traen a nuestro país capital, trabajo e industrias, ha halagado sentimientos de falsa nacionalidad, que han tomado en aquel territorio (Tarapacá) gran desarrollo en una parte de la población".

En resumen, puede decirse que la existencia de una élite empresarial de extracción foránea, aunque por un lado la hiciera menos sensible a las disputas partidarias, también podía tornarse en algo lo suficientemente conflictivo como para entrelazar la política regional con la nacional. Así y todo, la validez de este hecho nunca fue inequívoca ni automática. En octubre, hallándose Iquique ya en plena campaña electoral, *La Voz de Chile* refutaba una aseveración de su diario rival en el sentido que la división fundamental entre los bandos se daría frente a los intereses de North. Para el más "northista" de los diarios, ningún empresario extranjero "ha pretendido ni pretenderá jamás inmiscuirse en la política nacional"⁶⁴. Es verdad que en varias ocasiones *El Nacional* trató de vincular a los empresarios extranjeros, o por lo menos al consorcio North, con la oposición a Balmaceda⁶⁵. Pero sería él mismo quien confirmara la asimetría entre interés económico y toma de posiciones cuando al estallar la guerra civil en enero de 1891 se pronunció por el bando congresista, mientras que la "northista" *Voz de Chile* se mantuvo fiel a Balmaceda. Sobre esta asimetría habremos de reflexionar un poco más al llegar a las conclusiones.

Habiendo delineado las condicionantes básicas de la política tarapaqueña sólo resta pesquisar el curso que tomó en ella el conflicto que dominó el escenario nacional durante 1890: la pugna Ejecutivo-Congreso. En general, por lo menos hasta la apertura de la campaña electoral en octubre, la posición que adopta la opinión pública local es una de casi total prescindencia —confirmando la validez de la primera condicionante delineada más arriba. Durante el mes de junio, cuando las diferencias entre Balmaceda y el Congreso alcanzaban un estado crítico (negativa presidencial a tomar en cuenta la censura al gabinete Sanfuentes; no aprobación de las leyes periódicas por parte del Congreso), la prensa iquiqueña reacciona con preocupación expresada en deseos de una pronta solución⁶⁶. Lo que más parece inquietarle —aparte, lógicamente, de una eventual guerra civil— es la parálisis administrativa provocada por la "impasse"⁶⁷. En una región que vivía del comercio, y sobre todo que se hallaba

⁶³EN, 16 de marzo y 11 de abril.

⁶⁴VCh, 23 de octubre; EN, 22 de octubre.

⁶⁵EN, 20 de febrero, 6 de junio, 11 de octubre.

⁶⁶EN, 1° y 22 de junio, VCh, 6 de junio.

⁶⁷VCh, 6 de junio.

en un claro estado de postración e inquietud laboral, lo que más importaba era la tranquilidad y la normalidad de los negocios⁶⁸.

Solamente en dos oportunidades abandona la élite tarapaqueña su neutralidad habitual. La una, cuando se abre la campaña electoral, que por su misma naturaleza exigía definiciones. Y la otra —mucho más significativa— justamente cuando aquella tranquilidad cuya conservación era tan importante se vio alterada por las huelgas, rumoreándose incluso que con la posible complicidad de alguno de los bandos políticos.

El desenvolvimiento de la campaña electoral durante los últimos meses del año (en 1891 debieran haberse efectuado elecciones presidenciales, parlamentarias y municipales) permite echar un vistazo excepcional al alineamiento de la población local, habitualmente tan nebulosa en cuestiones de política nacional. Tres fueron los bandos en que se produjo la división: democráticos, liberales balmacedistas, y la "Alianza Liberal" que aglutinaba a todos los partidos de oposición (liberales independientes, radicales, nacionales y conservadores). El Partido Democrático —el más cercano a los estratos populares, al menos en sus planteamientos— se estructuró conforme a la lógica de la política local: alrededor de algunos profesionales y del equipo redactor de *El Nacional*⁶⁹. Los liberales gobiernistas, por su parte, fueron encabezados por el primer alcalde subrogante y rico comerciante Santiago Sanz, y por el también acaudalado comerciante Silvestre J. Hesse⁷⁰; mientras que por la oposición se pronunciaban tres regidores y otros líderes del comercio local como Eulogio Guzmán y Roberto Wood⁷¹. Es interesante constatar una vez más que la división entre gobiernistas y opositores, cuando se produce, no se ajusta a ningún criterio clasista. A juzgar por las listas de mayores contribuyentes elaboradas para las elecciones, corroboradas por las matrículas de gran comercio iquiqueño, tanto uno como otro bando contaban entre sus filas con exponentes de lo más granado de la sociedad regional⁷².

En general, la campaña se apegó a los grandes temas del momento: Presidencialismo vs. parlamentarismo, autonomía municipal, prescindencia electoral del Ejecutivo. El toque localista lo puso el énfasis en el desarrollo regional y las alusiones hacia el capital extranjero⁷³. Al sobrevenir la lucha armada —que afectó a Iquique antes que a otras ciudades del país— los grupos van a tender a mantenerse fieles a la definición adoptada durante la campaña. Como en el resto del país, la élite dividirá sus simpatías entre ambos contendores, de igual forma como ambos deberán apelar a las capas populares para reclutar sus soldados⁷⁴. Para la generalidad del comercio iquiqueño, sin embargo, la actitud asumida será una de espera del desenlace.

⁶⁸EN, 14 y 20 de mayo; VCh, 18 de mayo, 31 de julio, 6, 7 y 20 de agosto.

⁶⁹VCh, 21 de octubre.

⁷⁰VCh, 17 de octubre.

⁷¹VCh, 23 de octubre.

⁷²VCh, 13 de julio, 17 de octubre. Cf. también matrículas de comercio (Nota 5).

⁷³EN, VCh, octubre a diciembre de 1890.

⁷⁴Es curioso analizar las proclamas al pueblo emitidas durante la guerra civil. Ver nota 82.

Mucho más fructífero para un análisis de la dinámica que Tarapacá generaba entre economía y política es el anterior brote de violencia marcado por las huelgas de julio. Ya se ha visto cómo la oposición intentó culpar al gobierno de aquel estallido. Como éste se encontraba en un momento especialmente delicado de su lucha con el Congreso, esta versión le achacó el haberse valido de sus influencias entre el Gremio de Jornaleros (que era fiscalizado por el Estado) y ante *El Nacionalista* (lo que no era efectivo) para distraer a la opinión pública de la cuestión institucional. El diario porteño *The Chilian Times* lo planteó sin rodeos: "El Nacional habla a nombre del gobierno y arroja su veneno a las colonias extranjeras"⁷⁵. Al mismo tiempo, en el Congreso se emplazaba al gobierno a que justificara su parsimonia en la neutralización del peligro. agregando que entre los huelguistas se habían escuchado vítores a Balmaceda: "los bandidos del interior invocaban para llevar adelante sus fechorías en nombre del Jefe de la Nación"⁷⁶.

A todo esto el gobierno respondía que el culpable de todo era el Congreso, quien al no aprobar el cobro de las contribuciones condujo "a los dueños de las salitreras a creerse autorizados para hacer sus pagos en la forma que lo creyeron conveniente". Y que en todo caso las medidas de orden habían sido ejecutadas con presteza, por lo que la oposición claramente exageraba⁷⁷.

Pero en definitiva, enfrentado a una huelga de proporciones en Tarapacá, el gobierno no tenía mayores alternativas. Una cosa era crearle problemas a la oposición, otra muy diferente granjearse la enemistad de la clase empresarial más poderosa del país. Ante la amenaza ésta había estrechado filas, como lo demostró la seguidilla de comunicados enviados a la presidencia por lo más importante del comercio, la industria y la banca tarapaqueños. Entre los firmantes se contaban incluso futuros dirigentes del balmacedismo regional, como Silvestre J. Hesse, Virginio Fuenzalida y el propio director del Gremio de Jornaleros Santiago Sanz⁷⁸. Frente a una perturbación del orden social no había color político que valiera. Bien lo entendió Balmaceda cuando desde Iquique el movimiento huelguístico se propagó hacia Pisagua, Arica, Antofagasta y el propio Valparaíso⁷⁹. Presionado de esta forma, el gobierno no vaciló en trasladar a un segundo plano sus diferencias con el Congreso. Tal vez no haya sido mera casualidad que justamente luego de ese mes de huelgas se consiguiera lo que antes había parecido inalcanzable: en agosto se acordó una tregua que iba a aplazar el estallido de las hostilidades hasta comienzos del año siguiente.

4. CONCLUSIONES

El estudio de la sociedad tarapaqueña durante 1890 nos permite formular algunas apreciaciones bastante significativas respecto de su naturaleza íntima.

⁷⁵*The Chilian Times*, 2 de agosto de 1890.

⁷⁶VCh, 13 y 16 de julio.

⁷⁷VCh, 16 y 18 de julio.

⁷⁸VCh, 13 de julio.

⁷⁹VCh, 12, 17 y 23 de agosto.

Lo primero, tal vez lo más evidente, es que se trataba de una sociedad profundamente dividida. La crisis salitrera puso de relieve todo el potencial destructor de la inestabilidad económica, traducida en una clara agudización de las tensiones sociales. Expuestos a una vida de trabajo más severa y exigente que lo habitual, los obreros de la zona veían cómo se entrelazaban los intentos de trasladar hacia ellos el daño producido por la crisis, su total dependencia de un salario, y la distancia que mediaba entre ellos y el grupo patronal y administrativo. La explosividad de esta mezcla quedó de manifiesto durante los sucesos de julio. No fue casualidad que en ellos el factor nacional jugara un papel casi tan decisivo como la reivindicación salarial misma.

En este mismo contexto, es interesante observar cómo los destrozos causados por los huelguistas de las oficinas se ajustan a una lógica inflexible: no se tocan ni las maquinarias ni la planta física de los campamentos, sino solamente las pulperías y casas de administración —que para el obrero eran verdaderos símbolos de su explotación. De igual forma, los manifestantes de la ciudad de Iquique simbolizaron su repudio al patrón extranjero portando banderas chilenas y aclamando al Presidente de la República.

Puede que la presencia de capitales extranjeros no haya sido una cuestión de primera importancia en el plano político nacional: de hecho, si bien Balmaceda expresó ocasionalmente ciertas reservas frente a una posible desnacionalización de la economía, en la práctica no puso trabas a la inversión extranjera. Como lo plantea Harold Blakemore, Balmaceda trató de quebrar el monopolio ferroviario que ejercía North sobre Tarapacá recurriendo a *otra* firma inglesa: Campbell, Outram y Cía. A ellos se les concedió el derecho de abrir una segunda línea férrea en la región, comunicando Caleta Buena con su oficina "Agua Santa"⁸⁰. Pero para la sociedad del salitre, esta presencia estaba en la esencia misma de sus divisiones internas, no ya solamente entre clases, sino también entre nacionalidades.

Esta "cuestión nacional" nos remite al segundo punto de interés dentro de nuestra caracterización general. Los articulistas que manifestaban su convicción de que en Tarapacá importaba más la economía que la política no andaban muy desencaminados. La provincia le debía su existencia a la industria salitrera, por lo que no es de extrañar que las vicisitudes de ésta despertaran mucho más interés que las de la política santiaguina. Jamás, durante ese año por lo menos, adquiere la discusión partidaria el mismo grado de virulencia que las opiniones vertidas en torno a la nacionalidad de los empresarios, a la Combinación, o al descontento obrero. El grupo empresarial podía darse el lujo de mirar la pugna entre Ejecutivo y Congreso a la distancia y de hecho lo hizo. Pero frente a la Combinación o a la huelga debió reaccionar de inmediato, respaldando a quien pudiese asegurar mejor sus intereses comerciales y la conservación de la paz social. Frente a la cuestión política las opiniones de este grupo aparecen divididas: unos apoyan al gobierno, otros a la oposición. Frente a los disturbios de julio la opinión no podía ser más que una sola.

⁸⁰Blakemore, 143 y ss.

Lógicamente, economía y política podían —y solían— entrecruzarse. Pero esta vinculación dista mucho de ser mecánica: los extranjeros con el Congreso y los nacionales con Balmaceda; los ricos con el Congreso y los pobres con Balmaceda; los exportadores con el Congreso y los industriales con Balmaceda. La verdad es que en ningún momento se da ese tipo de alineación, aunque sólo sea porque en Tarapacá comercio, industria y exportación descansaban todos por igual sobre una misma cosa: el salitre. En eso no hubo distinciones entre nacionales y extranjeros: ambos estuvieron igualmente representados entre los apoderados de la Combinación Salitrera y entre los que exigían protección contra los huelguistas⁸¹.

Y en cuanto a los pobres, para ellos el problema seguía siendo fundamentalmente social y económico. La política no era percibida como una vía de solución ni les ofrecía mejorar concretamente su condición. Ni siquiera el Partido Demócrata, tal vez su único vocero en el terreno partidario, podía ofrecer soluciones a la realidad dramática de la "cuestión social" a través de una política que seguía siendo muy poco participativa. Sólo cuando la pugna partidaria abría brechas en la clase dirigente lograba el pueblo tarapaqueño encontrarle algún sentido. Así, por ejemplo, cuando en la noche del 9 de noviembre un grupo de personas destrozó la imprenta de la balmacedista y northista *Voz de Chile* a los gritos de "¡Abajo los extranjeros!" y "¡Mueran los gringos!", al mismo tiempo que atacaba varios clubes de la opositora Alianza Liberal⁸². Un acto aparentemente tan desprovisto de lógica política no hacía otra cosa que confirmar la indiferencia de ese sector social ante las divisiones partidarias de la élite. Cuando se les daba la ocasión de manifestarse abiertamente, tanto gobiernistas como opositores podían ser víctimas de su descontento⁸³.

Por último, cabe señalar que la dualidad entre el problema económico-social y el problema político plantea una vez más algo que se ha venido repitiendo a lo largo de todo este artículo. La incidencia de la política nacional sobre la sociedad tarapaqueña suele ser condicionada por las realidades locales, pero nunca este condicionamiento adquiere las mismas características. La sensación de lejanía respecto del poder central es una constante en la política iquiqueña, y aunque por momentos esa lejanía pudo acortarse —como durante la guerra civil— no por eso era menos significativa. La forma como Tarapacá recibía los planteamientos de los políticos santiaguinos siempre tendió a adaptarse a sus propias circunstancias, de donde la aparente contradictoriedad de sus reacciones (como por ejemplo en el alineamiento de los dos principales periódicos iquiqueños). Si algo nos plantea este trabajo, por consiguiente, es la imposibilidad de proyectar indiscriminadamente una interpretación válida para Santiago hacia el resto del país.

⁸¹EP, 12 de febrero.

⁸²VCh, 11 de noviembre.

⁸³Este mismo fenómeno se repite durante la guerra civil de 1891, cuando las clases populares aprovechan los llamados de uno y otro bando para desquitarse de sus patrones. VCh, 1° y 4 de febrero de 1891.

En conclusión, esa asimetría sobre la que hemos venido insistiendo hacía de Tarapacá un digno ejemplar de lo que era nuestra historia a fines del siglo pasado. El surgimiento de una economía exportadora de gran dinamismo generó allí una sociedad llena de tensiones, violencias y complejidades; una sociedad expuesta a los ciclos productivos, a la hegemonía de la minería y el comercio, y a los conflictos sociales que tan profundamente marcarían al período parlamentario. Pero junto a esa sociedad “en vías de modernización” persiste una forma bastante tradicional de hacer política, una que enfatizando las libertades públicas y el conflicto entre poderes expresa al mismo tiempo una unidad férrea frente a cualquier intento de trastornar el orden establecido. Lo ocurrido en Tarapacá durante 1890 constituye un buen adelanto de lo que va a ser la problemática nacional durante las tres décadas siguientes.